

EL REINADO DE LIVIA

CUANDO Tiberio recibió en Ilyria la noticia de la muerte de Augusto, tembló, porque el camino hasta Roma era largo. Su cuerpo lleno de vigor, huesoso, que no había conocido ni las enfermedades ni las fatigas, se esforzaba en reventar los caballos, en rendir los brazos de los remeros sobre el Adriático, y en matar nuevos caballos de Brindis a Nola, porque el tiempo corría, el cadáver de Augusto entraba en el período de putrefacción, y sólo una mujer velaba teniendo en sus manos los destinos del imperio, a Roma en expectativa, y al mundo en suspenso.

¿Quién poseía el poder en Nola? Livia: ¿quién mandaba a los guardias que se agrupaban en su derredor? Livia: ¿quién engañaba a los romanos con falsos rumores, con falsas apariencias, con alternativas de curación

y recaídas hábilmente manejadas? Livia. (1) Y los días transcurrían, esos días cuya cuenta jamás ha sabido la historia, y de los que sólo se tiene un indicio en la vuelta triunfal en que se llevaba sobre un lecho de respeto un Augusto de cera, admirablemente imitado, mientras que su verdadero cuerpo, encerrado en un triple cofre sellado, se ocultaba bajo las fúnebres colgaduras, de manera que nadie pudo calcular la fecha de la muerte por la descomposición del cadáver.

Durante esas horas de espera y de delirio, Livia no tuvo más que un solo pensamiento: "Tiberio tendría el imperio, y yo el poder." — Pero él también había simulado su orgullo y su ambición, de manera que al encontrarse frente a frente los enemigos, iba a comenzar un duelo secreto, sordo, reavivado por intereses comunes, templado más por el temor que por el respeto, lleno de la reserva que exigía el peligro y el escándalo, amortiguado por la prudencia, mezcla de ingratitud sin valor, de resentimientos contenidos y de heridas que, destilando sangre, se habían cuidadosamente ocultado. En lucha tal, Tiberio estaba seguro de quedar vencido; era hijo de la madre más altiva, más política y más astuta. Tenía su sangre y era de su escuela; pero si él poseía las mismas cualidades, eran en menor escala, si tenía los mismos defectos, eran en él más violentos; si le animaban iguales vicios, estaban debilitados y hasta cierto punto enervados.

La disimulación era innata en Livia: Tiberio disimulaba por necesidad, para sufrir las afrentas y ocultar su cobardía. Livia vivía satisfecha de ella misma; Tiberio con un orgullo que destilaba sangre y una suscep-

(1) Véase el capítulo III de Augusto, intitulado: Livia y los Césares.

tibilidad siempre contrariada. La serenidad de Livia disipaba todos los obstáculos y gastaba a los hombres; el carácter sombrío de Tiberio hacía que él mismo se devorase. Livia tenía una frente de acero y una serie de planes que nada desconcertaba; Tiberio era desconfiado, y sus desfallecimientos provenían del miedo. Livia tenía habilidad para conducir a los hombres, y ¡qué hombres! Tiberio era frío, torpe, imitador, porque había contraído el hábito de obedecer. Livia no tenía ni remordimientos, ni desprecio para el género humano y el más absoluto desdén que otro, y un camino más corto, Tiberio era sanguinario por temperamento, pero contenido por la prudencia, y violento sin audacia. En Livia la ambición era viva, creciente, inagotable, era la salud de su alma; en Tiberio era triste, intermitente, llena de disgustos y una verdadera enfermedad. Lo que ambos tenían de común era el rencor ignorado y durable, el arte de sufrirlo todo para llegar a la dominación, pudiéndosele aplicar las terribles palabras de Tácito: "omnia serviliter pro dominatione." Lo que tenían de común, era la falta de escrúpulos, el desprecio para el género humano y el más absoluto desdén para todo lo que los hombres han considerado en la tierra como más sagrado.

Los cuerpos ofrecían en su conservación y en sus apariencias la misma desigualdad. Livia a los setenta y un años era aún bella, y conservaba una expresión de calma casta y tranquila que la edad no había podido borrar. Algunos camafeos la representan en su madurez. El perfil es siempre puro, la nariz aguileña de una hermosa curva, los labios menos cáusticos y más delgados que en su juventud, porque para los grandes actores, lo natural es la última palabra del arte. Había engruesado; el cuello era fuerte y firme y tenía algo de viril, porque en la cabeza que sustentó durante cincuenta

años, bulleron fuertes resoluciones y altos pensamientos.

Sabemos, al contrario, por los historiadores, que Tiberio envejeció más pronto, que su cráneo estaba desnudo, que sus facciones estaban alteradas por una decrepitud precoz, que tenía erupciones más frecuentes, hediondas pústulas, y hasta ulceraciones que le obligaron al fin a ocultarse, símbolo todo de la acritud moral y de la hiel concentrada que asomaba a su rostro. Así se realiza esta ley, observada tan a menudo, de la inmediata degeneración de una raza. Muy feliz sería la humanidad si a los genios benefactores, sucediesen otros que les excedieran; muy desgraciada y bien pronto diezmada, si a los monstruos debieran seguir otros más funestos. Por consiguiente, casi es preciso felicitarse de que Livia hubiera sido la digna madre de un hijo indigno de ella.

Pero Livia conocía a ese hijo, leía en lo más recóndito de su alma, adivinaba sus móviles, jugaba con sus malos sentimientos, y sobre todo, sabía que para con ella tenía contraído el hábito inveterado de la más ciega obediencia, "inveteratum erga matrem obsequium." Livia, sin cuestiones, sin demora y sin discusiones se aprovechó inmediatamente de su posición, obró como un General con un soldado. Apenas murió Augusto, se apoderó de las flotantes riendas del gobierno: apenas llegó Tiberio, lanzó vigorosamente su carro en la vía, y se apresuró a llevar el imperio a su forma definitiva.

Hubo un acto que sólo he tocado someramente, pero que, a los ojos de los romanos, tuvo una gravedad singular, y en la historia suma importancia, y ese acto fué el testamento privado de Augusto. Según él Livia era su heredera, como Tiberio; como éste, estaba adoptada, como él representaba la elección de Augusto. Si que

réis saber la importancia de la adopción, según la ley romana, pensad que el imperio se perpetuó debido a ella únicamente. Livia, adoptada por el Emperador, no era sólo su esposa y su viuda, sino su hija, entraba en la familia de los Julios, tomaba su nombre, pertenecía a la sangre de César, y dejaba el nombre de Livia para tomar el de "Julia Augusta." Tácito, el escritor que respeta la legalidad y las conveniencias oficiales, no le menciona en sus "Anales" sino con el nombre de Augusta. Por lo mismo, adquirió doble prestigio, el de cincuenta años pasados en la intimidad y confianza de Augusto, y el de la adopción que la igualaba a Tiberio, y exigía de los romanos para con ella el mismo respeto y obediencia. Comprendió, sin embargo Livia, que esto no era bastante y se procuró un tercer prestigio que hacía resaltar a Tiberio y a sus sucesores, pero que más la hacía resaltar a ella misma.

Muy difícil es definir este nuevo elemento de influencia, porque para ello sería preciso desentrañar una idea religiosa de la antigüedad, que para nosotros no tiene más que una significación política. Debe, sin embargo, satisfacernos la convicción de que cuando Livia inauguró lo que podemos llamar "fetichismo imperial," había concebido un pensamiento político mejor que religioso.

Al querer que Augusto fuese un dios que pesase aún después de su muerte sobre los corazones y sobre las conciencias, Livia comprendía que ese poder sobrehumano, al prolongarse en la eternidad, aumentaba el poder real de los herederos de Augusto, y consagraba a sus más indignos sucesores; sabía de qué manera se intimidaba a los hombres, y cómo debía imponérseles como dogma, el principio de su servidumbre. Desde luego debía influir en los espíritus, y concentrarlos por una serie de actos exteriores en un solo punto, que era Au-

gusto. Los sacerdotes, los poetas, los artistas, los constructores de todo género y la multitud que ama las ceremonias y las fiestas, estaban en continuo movimiento por las incesantes consagraciones de templos, altares y estatuas; después la divinidad nuevamente proclamada, suministraría medios seguros para intimidar a los romanos.

La ley de "lesa majestad" dada en otro tiempo bajo la república para reprimir los atentados contra la patria y contra la libertad, fué una arma terrible para los fines de Livia. Ya no había libertad ni patria, o más bien, la patria y la libertad estaban encarnadas en un solo hombre, el Emperador; y al convertirse éste en un dios, la menor duda era una impiedad, el más ligero olvido un crimen. La muerte era una pena demasiado suave para castigar la falta más inocente, para con el ídolo que era la deificación del poder absoluto. Mientras más absurdo es un culto, más sujetará y envilecerá a la humanidad: a medida que sus castigos sean más odiosos y violentos, asegurarán más la fe o el miedo, que es su singular compañero. Temeridades de este género en política, no admiten términos medios: Livia, que por temperamento no era sanguinaria, no tuvo embarazo en herir a sabiendas desde el primer día.

Poco tiempo después de la muerte de Augusto, los legados a los ciudadanos romanos no estaban pagados: un chusco al ver conducir a un muerto, exclamó en medio de la multitud: "Cuenta al divino Augusto que estamos esperando su dinero." Se apoderaron de ese desgraciado, se le contó la suma que le pertenecía y después se le asesinó, exhortándole para que él mismo atestiguase en el otro mundo la exactitud del pago. Este ejemplo de ferocidad "in anima vili," no fué inútil, porque produjo un saludable terror. La ley, además,

era de una maravillosa elasticidad y admitía giros imprevistos hasta contra los aduladores. ¡Desdichados de los que erigían a Augusto una estatua en su casa! Azotar a un esclavo o cambiarse ropa en presencia del dios merecía la muerte; ir a un lugar de prostitución con una moneda en que estuviese la efigie de Augusto, la muerte. (1) Tal rigor era insensato, ridículo, execrable; pero profundamente político. Livia y su hijo no tuvieron necesidad más que de tres o cuatro ejecuciones: bastaban para la consagración definitiva, y fué muy fácil después hacer uso de la clemencia.

Por último, después de haber encadenado a la multitud por las fiestas y la novedad, intimidado a los espíritus fuertes y aterrorizado a los levantiscos, Livia, sabía muy bien que de los mitos más pueriles, se pasa al miedo y a la costumbre, y de la costumbre al fanatismo. La especie humana en ciertas épocas es tal mezcla de necedad y de bajeza, que se ve en política renovar el entusiasmo ciego de aquellos Indios, que para adorar mejor al dios que pasa en su carro, se precipitan voluntariamente bajo las ruedas para ser aplastados por ellas, Livia, al crear la leyenda de Augusto, y al pagar doscientos cincuenta mil francos al senador que le había visto subir al cielo, preparaba la servidumbre voluntaria de un pueblo crédulo y encantado, porque el astro de que dotaba al cielo, debía bañar a sus sucesores con sus favorables reflejos. Establecer sólidamente el fetichismo imperial, equivalía a fundar el derecho divino del imperio y a ceñir la aureola a las bestias feroces y a los idiotas, que hasta la última generación pudieran entroncarse con Augusto.

¿Comprendéis ahora, señores, la actividad de esa mu

(1) Suetonio, Vida de Tiberio, XVIII.

jer superior, cuando se propuso revelar por la primera vez ese dogma y organizar ese culto sobre la superficie del mundo? Asoció a su gran designio al senado, éste impuso al imperio la nueva religión, y se hizo nombrar gran sacerdote para dirigir el movimiento con un carácter sagrado. Por todas partes se instituyeron colegios, es decir, corporaciones en honor de Augusto, ¡cuántas competencias, cuántas intrigas, cuántas luchas para pertenecer a tales corporaciones y obtener la corona de laurel que usaban los sacerdotes y sacerdotisas del nuevo dios! Por todas partes se levantaban templos, no sólo en Roma y sus cercanías, sino en las colonias en la mayor parte de las ciudades de la Grecia y hasta en los puntos más lejanos del imperio. ¡Cuántas cartas, correos, delegados y embajadores! Esta agitación que ocupó los primeros años del reinado de Tiberio, dió a Livia una singular importancia, cuyo resultado previó y supo aprovechar.

Fácil es demostrar que los historiadores no han apreciado debidamente el papel político y religioso que desempeñó la viuda de Augusto. Monumentos tan numerosos como incontestables justifican nuestras inducciones y completan el relato de los historiadores. Basta dar una ojeada a la numismática del imperio romano, en la época de la muerte de Augusto y principio del reinado de Tiberio, para probar, por signos sensibles, la infatigable acción de Livia, y los constantes triunfos que obtuvo. Y sin embargo, ¡cuántas monedas se han perdido, cuántas series han desaparecido, cuántas han sido destruidas, yacen a grandes profundidades o han sido corroídas por el tiempo!

A menudo una sola muestra sobrevive, para representar millares de monedas semejantes construídas el mismo año. Preciso es, por tanto, que la imaginación aumente en proporciones colosales los momentos de es

te género que aún subsisten. Por uno que se encuentra, deben contarse cien perdidos. Por ejemplo, cuando al reconocerse en el reverso de las medallas de Smirna y Pérgamo, un templo de Augusto, que se sabe que no sólo esas ciudades los levantaron y conmemoraron en sus monedas; ¿qué personaje ocupó el anverso? Livia, ya con Tiberio, ya con el senado, personificada bajo las facciones de un joven imberbe, o caracterizada por el latíclave y principalmente por la inscripción Para evitar una descripción detallada que tendría poco interés, para que podáis medir la magnitud de la influencia de Livia, y su ascendiente sobre los países más remotos, bastará una simple enumeración.

Las monedas que representan a Livia con Augusto, se han encontrado hasta hoy en cuatro colonias, entre las que se cuentan Leptis y Palermo, y en diecinueve ciudades griegas. Las monedas que tienen reunidas las efigies de Livia y de Tiberio, se han señalado en cuatro colonias, entre otras Cesáres e Hipona y nueve ciudades griegas de las que pueden citarse Efeso, Mitylena, y Pérgamo, pudiendo agregárseles las monedas de Tesalia y la Judea en la misma época. Pero cuando está sola Livia, representada sin Augusto ni Tiberio, el número de los tipos se duplica. Así se encuentra sobre las monedas de siete colonias, de Chipre, por ejemplo, Cesaraugusta y de Corinto: sola, está en las monedas de veintidós ciudades griegas, entre las que pueden enumerarse Aezanis, Alabanda, Alejandría de Egipto, Amphipolis, Afrodisias, Clazomema, Elea, las dos Magnesia, Mileto, Pella, Sardes y Teos.

Ese derecho de regalía, ese honor insigne de figurar sola sobre las monedas, no lo obtuvo Livia solamente en las provincias, sino en la misma Roma, y en virtud de repetidos Senados consultos. Las iniciales S. C. grabadas en el reverso nos lo justifican, mientras que en

el anverso brilla la bella Livia, ya con la diadema de Juno, ya con el velo de las sacerdotisas combinado con la diadema de Emperatriz, ya asimilada a la "Justicia" o la "Piedad," como lo demuestran las inscripciones. En otra serie se le llama "Salus Augusta." Por consecuencia la numismática confirma brillantemente el testimonio de la historia que cita sólo algunos de los honores concedidos a Livia por el Senado. No hay motivo para admirarse de que los senadores le concedieran títulos desconocidos ni la proclamasen madre de la patria, "mater patriae," porque ella tenía su afecto, satisfacía su ambición y comprendía sus intereses. Lisonjeaba a Tiberio; pero le desconfiaban, y de buena voluntad le hubieran obligado a dejar su nombre, pues le propusieron que adoptara el de "Livius," para que no apareciese más que como el "hijo de Livia".

A ésta sólo se le llamaba "Augusta," llevaba el mayor nombre del universo, y representaba la tradición de Augusto, su voluntad, su pensamiento y su poder, tenía en sus manos los secretos y los favores, y reinaba. Realmente durante los primeros años mandó en Roma con tanta majestad y firmeza, como Tiberio ejercía el poder con disimulación y vergüenza. Tácito ha pintado la humildad sombría de ese cobarde que temblaba al tomar el poder: "¡No sabéis qué monstruo es el imperio!" exclamó como si fuera él a ser devorado.— "Tengo el lobo de las orejas," añadía, confesando sin temor que ese proverbio vulgar, grotesco, hace que los historiadores juzgan que fué fingido, y que yo estimo que fué real, por probarlo así suficientemente la vida anterior de Tiberio.

Livia no conoció ni la excitación, ni los escrúpulos, deseó el poder con audacia, lo ejerció con serenidad, y fué Emperatriz más que su hijo Emperador. Cuando los pueblos y las ciudades escribían a Roma, ya para

una felicitación, ya para pedir un favor, sus cartas iban dirigidas a la vez a Tiberio y a Livia, y esto no era una lisonja, sino el uso, porque cuando Livia y Tiberio contestaban, su respuesta era común, y sus nombres unidos, se encontraban al pie de los documentos. Una palabra de Dion certifica que Livia no limitaba a esto sus pretensiones. "Quería, dice, no un poder igual, sino un superior al de Tiberio."

Pero se objetará; ese feroz Tiberio, que ha dejado tan execrada memoria. ¿cómo se sometió a Livia hasta tal punto, cediéndole una parte del poder, por el que tan celoso aparecía? La posteridad tiene necesidad de escudriñar todo: agobiada por las innumerables tradiciones del pasado no quiso complicar su misión, ni tener sobre cada personaje más que una idea exacta y una simple fórmula de juicio. Preciso es conservar, por el contrario, una profunda diferencia entre el Tiberio contenido por el temor materno, y el Tiberio libre de toda traba por la muerte de Livia, que es el de la historia, el de la poesía, el de la leyenda, el Tiberio que causa horror, es, en efecto, el de los últimos años. No era sin duda mejor que cuando comenzó su reinado y su alma estaba ya penetrada por el disgusto y la amargura; pero estaba sujeto por un freno sólido, el miedo su madre, y aunque estaba devorado por la envidia, los honores discernidos a Livia le parecían un ataque a su propia grandeza, callaba, disimulaba y sufría. Para nulificar algunos privilegios que el senado quiso conceder a Augusta, los rehusó para sí mismo, aconsejando la moderación y afectando la más baja humildad. En el fondo comprende que su madre le es necesaria o temible, y tres motivos diferentes determinan su conducta.

Primero: había vivido mucho tiempo fuera de Roma ocho años en el destierro y ocho en campañas casi con

secutivas, ignoraba, por lo mismo, los secretos e innumerables hilos que Livia tenía en su mano, no conocía los hombres como ella, por una práctica de cincuenta años, y no había penetrado todo el maquiavelismo y todos los laberintos del gobierno de Augusto, como su esposa, que era el alma de él, por consecuencia tenía necesidad de ella.

Segundo: tenían que cometer juntos algunos crímenes indispensables. No hay solidaridad política más estrecha que una complicidad de este género. Había matado el primer día del reinado a Apripa Póstumo; pero era necesario matar a Julia, la que ultrajó a Tiberio en cartas, que hacía catorce años no se olvidaban; a Dursio Libo, descendiente de Pompeyo, que conspiró contra Tiberio, cuando aun no había afirmado su poder, tenían que deshacerse de un falso Agripa, que a la cabeza de una banda podía levantar las campañas, unirse contra el dulce y popular Germánico, figura que estudiaremos otra ocasión, que al cabo de cinco años su cumbiría, declarando que moría envenenado por Pison, criatura de Tiberio, y por Plancina, amiga de Livia. Era necesario que a Pison se le encontrase muerto en su casa; que Calpurnio Piso, alma fuerte y peligrosa por su independencia, que Silano, complicado en un proceso injusto, fuesen víctimas de la venganza de Tiberio y de Livia. Este es el catálogo de los únicos crímenes importantes cometidos por orden del hijo y de la madre en los once primeros años de su reinado; pero la sangre correrá a torrentes, las más ilustres cabezas caerán diariamente, cuando Sejano sea señor de Roma y Tiberio se haya refugiado a Caprea, porque faltaba Livia para moderar a su hijo, porque ella le contuvo, y no le aconsejó más que crímenes necesarios y útiles, Livia y Tiberio, después de haber solventado las cuentas de su familia, haciendo desaparecer a los parientes

que les interesaban, y otros particulares, deshaciéndose de antiguos o bien escogidos enemigos, convinieron en no derramar sangre inútilmente, de manera que al principio de este poder sin límites hubo alguna moderación.

El tercer lazo que unía al hijo con la madre era la dificultad de fundar de un modo definitivo el sistema político de Augusto, y formular lo que éste dejó indeciso. Convencéos, señores, que es preciso reconocer la profundidad del genio de Livia, en los actos esenciales que constituyen el fundamento del gobierno de Tiberio.

Livia se avergonzaba, al fin del reinado de Augusto, de ver que se mendigasen los votos de los ciudadanos para sus candidatos; tal comedia era tan inútil como indigna de la majestad del Emperador ¿por qué suplicar, cuando se tiene el derecho de mandar? Se suprimieron los comicios y el pueblo dejó de reunirse en el Campo de Marte para hacer las irrisorias elecciones. Murmuró la multitud, pero el Senado ocultó su alegría sin límites, y exclamó: "¡Qué placer, ya no hay súplicas, ni candidaturas, ni consideraciones para con los electores, ni juegos, ni espectáculos, ni gastos ruinosos! ¡todo depende de una inclinación de cabeza de los que gobiernan el mundo! ¡Livia designa, y Tiberio nombra a todos los funcionarios! ¡Entreguémonos a patrióticos transportes, que ya no queda ni un simulacro de libertad!"

En seguida la ley de lesa majestad se extendió del orden religioso al orden político, de la persona de Augusto a la de sus sucesores, y a todo lo concerniente al soberano. La historia enseña cuál fué después el formidable alcance de esta ley bajo Tiberio, y cuánta sangre costó al fin de su reinado.

La delación fué otro elemento del gobierno; abrió todas las carreras, inspiró la elocuencia, fué el objeto de los ambiciosos, la escuela de la juventud romana y el oprobio del pueblo.

Por último, se dotó de sueldo a todos los funcionarios sin excluir ni a los cónsules. En la antigua Roma el honor de servir al país era tal, que no sólo dejaba provecho alguno, sino que era necesario obtenerlo a expensas de la fortuna propia, de esta manera, todas las familias ilustres y honradas se congregaban al bien público; pero Tiberio, al asalariar a los magistrados, desde los más ínfimos hasta los más elevados, al hacer de los cónsules mercenarios, cambió las ideas de los romanos: todos los pagados por el fisco, como diríamos hoy, los presupuestívoros, fueron criaturas del Emperador.

Profundo fué el alcance de estos medios que modificaron en poco tiempo la constitución de la sociedad romana. En todo veo los consejos de Livia, su maravillosa penetración, su experiencia de cincuenta años, su perfidia más atrevida y más libre que la de Augusto. Con él había quedado todo flotante, provisional, equívoco, con esa mezcla de gracia y de abandono, de simplicidad y de hipocresía, de firmeza implacable y de fingida dulzura que le caracterizaban. Con Tiberio y Livia todo se preveía, todo toma forma: las sombras se desvanecen, las ficciones huyen, el imperio "está hecho." Se llama hipócrita a Tiberio, y sin embargo, fué mucho menos que Augusto, porque aquel proclamó el despotismo con violencia, y le constituyó de un modo duradero.

Tiberio comenzó a creerse firme en el trono. Cinco años habían transcurrido. La muerte de Germánico lo libertó, así como a Livia, de un temor constante: la multitud estaba sometida; los ejércitos en calma, las